

Participa esta tradición —como veremos con detalle después— de varias características (disfraz, cuestación, recorrido por las calles...) que son comunes a las que presentan otras mascaradas de invierno que tienen lugar en la península². Pero antes de analizar los datos, de establecer comparaciones y diferencias, de llegar a una posible interpretación o aventurar una hipótesis sobre su origen, vayamos a la descripción del rito tal y como tiene lugar hoy, con las leves variaciones que ha ido introduciendo el paso del tiempo.

Para cumplir una promesa propia o quizás una heredada de algún familiar que no ha podido realizarla, alguien, hombre o mujer, más joven o más viejo, está dispuesto cada año a ser *El Blanco*.

El primer requisito, el más difícil, consiste en conseguir “la campanilla”, que sólo puede ser esa: una muy particular, la que acompaña a la Virgen en las romerías de mayo y septiembre. Después de ésta última, la persona que tiene intención de ser *El Blanco* aprovecha cualquier oportunidad para cogerla de la Iglesia, sin que nadie la vea, a escondidas de todos (ya veremos cómo el anonimato, el secreto absoluto sobre la identidad del *Ánima Muda* es uno de los atractivos de la ceremonia). Sólo con esa campanilla en la mano podrá salir cumpliendo su promesa; si cuando uno llega a buscarla a la Iglesia ésta ha desaparecido ya (alguien se adelantó y la cogió antes), tendrá que esperar hasta otro año o hasta que pueda hacerse con ella.

Una vez que ya la tiene, el resto del atuendo es más sencillo porque se lo procura cada uno en su propia casa o entre familiares y vecinos. La vestimenta —totalmente de blanco— se compone de una enagua hasta los pies, una camisa blanca y una capucha que cubre la cabeza.

La cara va tapada con un encaje espeso o cualquier otra tela con calados que le permite ver y respirar e impide a los demás apreciar los rasgos que lo delatarían, incidiendo una vez más, en la cuestión del anonimato.

También las manos se cubren con guantes y el calzado es, muchas veces un elemento para despistar y confundir³.

Sobre los hombros lleva unas alforjas (única nota de colorido en toda la estampa) en las que la gente irá depositando las limosnas durante la colecta por el pueblo.

Vestido ya, suele empezar el recorrido muy temprano —hacia las 9 de la mañana— quizás para coger dormidos a los chiquillos que van detrás de él en todo el trayecto importunándolo e intentando descubrir su identidad y pregonarla a voces⁴.

² No trataremos aquí con detalle ninguna de estas mascaradas (*Zangarrones*, *Tafarrones*, *Guirrios*, etc.) magníficamente estudiadas por Caro Baroja y otros autores (Ramírez Aparicio, Rodríguez Pascual, etc.). Sólo aludiremos a ellas cuando el estudio comparativo lo aconseje.

³ Lo normal es que cuando *El Blanco* es una mujer, ésta se calce con botas de hombre e incluso procure andar más deprisa, tratando de despistar.

⁴ Las anécdotas en este sentido son muy abundantes; incluso a veces, los críos se ponían excesivamente pesados y dificultaban tanto al *Blanco* en su recorrido que éste se volvía agresivo y les daba con la campanilla algún que otro susto.